

Diente de León

Todo comenzaría a la mañana siguiente de la que mi papá dijo que se sentía mal; al parecer tenía todos los síntomas que constantemente mencionaban en las noticias; no paraba de toser, decía que no podía respirar, y mi abuela, luego de ponerle algo así como un pitillo con números debajo del brazo, dijo que estaba sobre treinta y nueve. No sabía qué significaba eso, pero sí supe que no era bueno por el tono de alarma con el que pronunció aquellas palabras. Entonces, lo que seguía era mantenerme lejos de mi papá, o por lo menos, esa era la orden, pero no la quería aceptar, pues el día anterior había prometido acompañarme a la gran válida de canicas que estaba planeando desde que no me permitieron volver a estudiar.

Mi abuela no me había dejado hacer el circuito de carreras en la sala, hubiera sido un gran escenario para llevar a cabo la competencia; la tierra de la sala estaba más seca que la del patio, así que no había posibilidad que las canicas se detuvieran en las zonas húmedas que sí se encontraban afuera, donde la lluvia había hecho grandes pozos de agua que luego había tenido que rodear para hacer la pista. Ya todo estaba listo, solo quería que mi papá me acompañara para ver si la canica roja —mi favorita y a la que entrenaba después de hacer tareas— sería la campeona. Así que insistí un par de minutos más, hasta que noté su molestia al ver que yo quería acercarme y que él no podía permitirlo.

Después de un rato, escuché que la condición de mi papá había empeorado y que estaban llamando a alguien para que vinieran a verlo. Pasadas unas dos horas y luego de terminada la carrera, en la que la canica blanca —mi tercera canica favorita— quedó victoriosa, llegaron unos hombres con unos trajes muy extraños, parecían como salidos de una película: eran blancos, tenían enormes máscaras que se empañaban con su respiración y no dejaban ver sus rostros claramente. Parecía que nada pudiera atravesar dicho traje, jamás había visto algo así en la vida real. Cuando salieron, corrí a mi cuarto; o bueno, el cuarto de todos, porque todos —Mi abuela, mi tío, mi papá y yo— dormíamos en él, a ver qué le habían hecho.

Mi tío, que acababa de llegar, no me dejó pasar a la improvisada sección de aislamiento preparada para mi papá y de la cual no podía salir a menos que fuera totalmente necesario. Me prohibieron, al igual que a todos, el contacto con él, o algo así fue lo que dijo mi tío mientras nos sentábamos en los viejos troncos que servían de sillas para el comedor. Añadió, además, que mi papá estaba realmente enfermo y me pidió que por favor no lo molestara.

Fueron tan enfáticas sus palabras que, aunque quería ir a preguntarle a mi papá sobre lo que le sucedía, no quise romper el acuerdo tácito que acababa de hacer con mi tío.

Sobre las ocho, cuando nos sentamos todos a comer, el tronco que solía usar papá estaba vacío; los rostros de mi abuela y de mi tío estaban idos, no pronunciaban palabra alguna y solo se escuchaba la bolsa mientras alguno de nosotros sacaba un pan. Así que pregunté si podía ir a llevarle agua de panela a mi papá —era mi excusa para verlo de nuevo y jugar con él— “debe tener sed” añadí después de escuchar el rotundo “no” de mi tío. Unos segundos de silencio bastaron para que mi abuela dijera que ella le llevaría algo en un momento.

Ya en la cama y con las luces apagadas, empecé a pensar en que debía ayudar a mi papá de alguna forma; sabía del virus que nos estaba mandando a las casas y que nos estaba separando de nuestros seres más queridos, como mi papá. “Es muy posible que empeore si no hago nada al respecto”, me dije mientras veía la nada en plena oscuridad. No iba a dejar que ese monstruo invisible y envidioso acabara con mi familia así como así. De esa forma me convencí, esa noche, de la batalla que emprendería.

A la mañana siguiente, apenas abrí los ojos, lo primero que pensé fue en idear el plan para ganarle la batalla a aquella enfermedad. Las medidas tomadas hasta el momento parecían no funcionar, es más, por el contrario: parecía que el distanciamiento social que habíamos tenido las dos semanas anteriores no lograron mantenernos a salvo. Así que necesitaba otras armas para ganar el terreno que por el momento habíamos perdido. Necesitaba vencer lo más rápido posible, y para esto, debía atacar directamente a este virus y sacarlo de mi casa de una vez por todas, asegurándome que jamás volviera.

Entonces me acordé de una conversación que mi abuela tuvo con mi abuelo hace mucho tiempo —no la recordaba muy bien porque cuando la charla tuvo lugar, yo estaba muy pequeño— pero lo que no olvidé, fue que él dijo que existía la cura para toda enfermedad, y pensé que “toda enfermedad” debía incluir a esta pandemia que atacaba mi familia. No tenía clara la receta para fabricar la cura, pero, si lograba conseguir el ingrediente principal, tal vez mi abuela me ayudaría con su preparación. El problema era conseguir un diente de león —este era el ingrediente principal de la fórmula—. ¿Dónde iba a encontrar un animal de estos? Me pregunte. Y aún si lo encontraba ¿cómo le quitaría un diente? Así que me dije: “Tal vez si se lo pido amablemente él me lo de”, pero me acordé, al instante, de Mona —mi perrita—

si ella no me entregaba mis chancas cuando se las estaba comiendo y yo se las pedía de forma amable, mucho menos un león me daría su diente. No tendría otra opción que hacerlo por la fuerza.

Debía, también, prepararme un traje para salir. Busqué un viejo overol de uno de los trabajos en seguridad de mi papá; conseguí, además, unas botas de caucho —que por cierto me quedaban grandes—, unos guantes, un visor y un tapabocas. ¡Ah, y claro! mucha cinta, sí que iba a necesitar cinta para que mi traje fuera lo suficientemente hermético. Me puse el overol y las botas, metí los sobrantes del pantalón por los costados de mis piernas en los espacios que dejaban las botas; puse suficiente cinta alrededor para que nada pudiera entrar ni salir. También me puse los guantes e hice lo mismo que con mis pies, pero con las mangas del overol. Por último, me puse el visor y el tapabocas, cogí un palo de escoba y la pita del trompo, esto, previendo la rendición del felino: pondría el palo en su boca para que no me mordiera y con la pita, dándole unas tres vueltas le arrancaría uno de sus dientes flojos, así como me habían quitado uno a mí un par de días atrás.

Emprendí mi búsqueda con sigilo, ya que nadie podría saber, por el momento, mi plan. La orilla del río me serviría de guía para empezar a subir la montaña; debía alejarme lo más pronto posible de la civilización para tener mayor posibilidad de encontrar esa fiera. Seguramente ya me estaba esperando, el universo y su instinto ya le habrían advertido que yo había salido en su búsqueda, y como no es animal temeroso, también se estaría preparando para nuestra disputa. En tal enfrentamiento no podría vencerlo yo solo, así que me llevé a uno de los cachorros de Mona, Max, el más intrépido de los perritos que había tenido. Quise llevar a Mona, pues era un poco más fuerte, pero la muy perezosa no quiso acompañarme, cosa que sí quiso Max apenas se lo propuse.

Las piedras del río nos servían como plataformas de salto y avance, éramos como dos aventureros valientes que salvarían el mundo. Un salto tras otro nos hacía más fuertes, más rápidos, más vencedores. Cada paso nos alejaba más del mundo de los humanos y nos acercaba a la naturaleza, donde por supuesto, nos encontraríamos con uno de los animales más terribles por la humanidad, excepto por mí, y obviamente por Max. Luego de un par de horas de caminata y brincos a través de la espesa selva, fue evidente el cansancio de ambos, así que nos detuvimos en un pequeño claro que había a unos cuantos metros de la orilla del

rio, que ya no era río sino una angosta quebrada. Ahí le di de beber un poco de agua a Max y una de las dos tostadas que había traído para el camino; la otra me la comí mientras mantenía la guardia, —Era muy posible que tuviéramos a algún acechador—.

Mis presentimientos eran correctos y Max era el blanco, una enorme águila se acercaba a una velocidad impresionante con sus dos garras abiertas y dispuestas como dos ganchos para agarrarlo. Al percatarme de tal peligro me abalancé de un salto sobre él, lo tomé con mis brazos girando rápidamente por encima suyo mientras la gigantesca ave pasaba sus garras por mi hombro izquierdo, luego caí de espalda en el barro al borde del agua. Me levanté lo más rápido que pude sin soltar a Max, que parecía impactado por lo que acababa de ocurrir, pero no demostraba una pizca de miedo. Al ponernos en pie, notamos que el águila había tomado altura y giraba para atacarnos nuevamente.

Puse a Max en el piso y me preparé para el siguiente asalto, el águila una vez más ubicó sus afiladas uñas para atraparlo, pero en esta ocasión, no salté sobre él, sino sobre ella, la agarré abrazándola por encima de sus alas en un movimiento magistral —como si también pudiera volar— antes de que lograra clavarle sus garras a mi mascota. Durante la caída, la sostuve lo suficientemente fuerte como para no soltarla, y a su vez, no hacerle daño. El ave estaba en shock, —creo que nunca antes la habían atrapado así— no se sacudía para nada, solo mantenía sus ojos en constante movimiento como tratando de entender lo que acontecía.

Como el cazador en el que me estaba convirtiendo, pensé rápidamente y até sus garras con la pita del trompo que traía en mi bolsillo, ya inmóvil, quité un poco de cinta de mis muñecas (la que ajustaba mis mangas a los guantes) y se la puse en el pico para evitar cualquier incidente mientras le planteaba un trato. “Yo sé que tienes hambre”, —le dije—, “pero Max no puede ser tu comida, es mi mascota. Así que te propongo lo siguiente: tú me ayudas a encontrar un león, y yo prometo ayudarte a conseguir comida sin que lastimes a nadie. ¿Te parece?” Sus ojos no me quitaron la mirada durante mis palabras; parecía entenderme, y creo que pensaría: “quiero un amigo que sea tan valiente como este muchacho”. Así que decidí soltarla, ya vería si me había entendido.

Apenas la solté, extendió sus alas y se posó sobre una roca que estaba enfrente nuestro, nos miró, como diciendo: “trato hecho” y emprendió el vuelo, salió rápidamente por sobre la copa de los árboles. Al momento regresó, y de esa manera deduje que nos ayudaría. El águila

nos guió hasta lo que parecía una cueva detrás de una cortina de cristal en una enorme pared de roca. Sin embargo, se mantuvo a una distancia y altura, pienso yo que prudente, pues apenas se asomó la fiera, —que parecía estar a nuestra espera— vimos que era enorme. Su rugido hizo que Max, el cachorro más valiente del mundo, temblara y se escondiera detrás de unos arbustos, y que mis rodillas chocaran una contra la otra de forma inconsciente.

Una apariencia feroz, unos dientes más grandes que mis dedos, patas que podrían doblar el tamaño de mis dos manos juntas, y exuberantes músculos eran los que protegían el tesoro que había venido a buscar. Y no solo esto, sino que dicho tesoro se alojaba dentro del gigantesco hocico de aquella bestia salvaje que, entre todo, era majestuosa. Por eso pienso que creían que uno de sus dientes era capaz de curar cualquier enfermedad. Me dije, entonces, que debí llevar un lazo en vez de una pita, pero ya era demasiado tarde, debía enfrentarlo y someterlo para poder regresar lo más pronto a casa. Así que empezamos a avanzar a nuestro encuentro sin quitarnos la mirada de encima —cualquier descuido podía ser mortal—.

Aceleramos el paso faltando unos veinte metros, y entonces, la carrera para abalanzarnos el uno sobre el otro empezó. Sabía, una vez más, que debía ser más ágil que él, ya que yo no tenía garras, ni músculos, ni dientes tan formidables como los suyos. Era de esperarse que se lanzara sobre mí como con cualquier otra de sus víctimas, así que, en el último instante, cuando saltó, me escurrí debajo suyo pasando al otro lado. Sorprendido, pero no amedrantado, tomó impulso para alcanzarme con sus fauces; yo ya había decidido que debía subirme a su lomo, tratar de tomarlo por el cuello y hacerle esa llave de defensa personal que me enseñó mi tío: cruzar mi brazo derecho alrededor del pescuezo, y sujetarlo con mi mano izquierda hasta que se rindiera, pero necesitaba un lugar que me beneficiara para tomarlo por sorpresa.

Decidí correr detrás de la cortina de agua, ahí donde se hallaba su cueva. Él, instintivamente y más feroz que nunca me siguió. Estaba oscuro y no veía nada, así que sólo me puse contra uno de los costados rocosos de la cueva y traté de silenciar mi respiración y calmar mi agitado corazón. No tardó, llegó bufando, se escuchaban sus patas sobre las piedras y el rasgar de sus uñas sobre la tierra al avanzar. Respiré hondo y contuve el aire...de repente escuché la voz de mi papá:

—Madre, ¿Sumercé qué me dio anoche? Ya me siento muchísimo mejor.

—Pues mijo, una agüita de diente de león. Esa agua es bendita.

—Sí. ¡Es demasiado buena! Vea, me quitó la fiebre, la tos y me levantó de la cama y todo. Venga madre, y ¿dónde está Samuel?

—Véalo, allá está disque escondido. Desde esta mañana está que juega con los animales.

—¿Y por qué está vestido así?

—¡Jum! ¿Quién sabe? Yo vi que se estaba disfrazando, pero no le dije nada. Debe estar aburrido el chinito.

No quedaba duda, mi abuela ya tenía diente de león en la casa, y el virus ya se había ido.

Fin.